

DEL NOMBRE DEL PADRE A LA ERA VIRTUAL, DE LA TIRANÍA DEL ALGORITMO Y LA MUERTE DE LA SUBJETIVIDAD

From the Name-of-the-Father to the Virtual Era: On the Tyranny of the Algorithm and the Death of Subjectivity

Luis Erick Valencia Enríquez

Universidad Salesiana (México)

psicovael@gmail.com

Los poderes de la ausencia, el hueco detrás de la imagen, el vacío en el corazón de la civilización.
(Leader, 2014, p. 78)

Darian Leader describe así aquello que subyace a nuestra época y cultura. Sin embargo, parece que hoy hacemos todo lo posible por tapar ese hueco.

En tiempos donde la palabra parece vigilada y el silencio se infiltra como un algoritmo, el significante del Nombre del Padre es encapsulado y no como esa función que ordena, limita y hace posible el deseo. Por otra parte, vivimos entre pantallas que multiplican imágenes, reflejan narcisismos y capturan subjetividades, parece haberse vuelto un “chiste virtual”. ¿Estamos fuera del lenguaje? Cada vez más, la risa y la palabra se vigilan, se “cuidan”. Lo que antes eran los aciertos del inconsciente como el lapsus y el chiste freudiano, hoy quedan condenados al malentendido o la ofensa.

Como mostraba Freud en *Psicopatología de la vida cotidiana* (2012), somos seres de tropiezos. Pero sentarse hoy en un café o un bar ya no es un acto

de libertad expresiva, es un ejercicio de cálculo, ya no como mensajes del inconsciente. Cuidamos cada sílaba para evitar la “funa”. Lo automático, lo que escapa al control, ese “primer tercio” de la corrida de toros, donde la bestia es impredecible, queda clausurado, la risa ya no es más una celebración del equivoco, sino una amenaza potencial, es un acto casi subversivo.

La ilusión de la generación “saludable”, en donde vivimos una batalla de narrativas. Entre saberes científicos, sociales y de las ciencias “psi”, las generaciones luchan por definirse. Unas son tachadas de excéntricas o privilegiadas, otras más se autodefinen como “sanadas” a través del yoga, la alimentación consciente y psicólogos para mascotas. Se vende la fantasía de una mejoría transgeneracional, una supuesta evolución que, inevitablemente, termina chocando con la misma pared de siempre, la imposibilidad de la satisfacción plena, en el fondo reímos de los mismo que sufrimos, ahora mediado por pantallas y burbujas algorítmicas.

Lo políticamente correcto funciona como una nueva forma de sometimiento, regula qué puede ser dicho y qué debe callarse. El lenguaje inclusivo es el síntoma perfecto de esta época. Aunque busca visibilidad y apertura, la lógica del “no-todo” lacaniano se impone, sin duda algo siempre queda afuera. La inclusión total es imposible porque el lenguaje mismo es falla, en tanto que el algoritmo digital del superyó exige pureza sin equivoco, de ese equivoco, ajena al malentendido constitutivo del sujeto.

Hoy, lo políticamente correcto funciona como un método, la funa, la cancelación y la censura virtual, son nuevos métodos virtuales para censurar chistes y opiniones. Si en los 70 y 80 la televisión unificaba la conversación con programas que, aunque hoy nos parezcan surreales, reflejaban una realidad social compartida con sus carencias y desigualdades, hoy TikTok fragmenta esa realidad en un scroll infinito de quejas idénticas, el precio de las rentas estratosféricas, la falta de desempleo, así como la crisis educativa. ¿Nos reímos de lo mismo que sufrimos? ¿Nos reímos juntos? ¿Acaso no terminamos por luchar las “diferentes generaciones” por eso mismo de lo que nos reímos, censuramos y juz-

gamos? ¿O solo reforzamos la extrañeza de lo idéntico reflejado una y otra vez por el algoritmo?

Freud decía que, “La fuerza del chiste reside en su tendencia” (2012, p. 107). Es decir, requiere una verdad compartida, una Ley común, del Padre, para poder burlarla. Pero si esa Ley está diluida, el chiste pierde su anclaje. Evocar al Padre hoy es casi una censura en sí misma, pues nos se sabe ni se entiende a qué se refiere con esa ley llamada Nombre del padre.

Paul Auster recuerda: “El lenguaje no es equivalente a la verdad; es nuestro modo de existir en el mundo” (Auster, 2012, p. 228). Si el significante Nombre del Padre se fragmenta, nuestra existencia simbólica en el mundo se desmorona. La pregunta eterna. “¿Qué es un padre?” es fundamental para la subjetividad. Basta con echar un vistazo a Claude Lévi-Strauss (1986), en tanto situaba esta función en el grado cero de la cultura y la civilización. No se trata del papá biológico, sino de la función que articula el lenguaje y pone un límite. Límite para darse cuenta de que el padre juega una eficacia fundamental en la articulación del lenguaje del sujeto.

La ausencia de lo invisible que solo por medio del análisis, es decir de la escucha psicoanalítica como “artefacto”, puede ser descrita-vivenciada en tanto que permite al analizante elaborar el sinsentido de su propia existencia y que no quede de otro modo como ruido, imagen o síntoma. Hoy más que nunca los anclajes se deslizan en las imágenes y satisfacciones inmediatas que el algoritmo arroja y que se registra en el espejo donde se devuelve su propia imagen, en esos impasses, ese bucle infinito del algoritmo.

El problema contemporáneo es que hemos sustituido al Padre por el algoritmo. Y el algoritmo no es una Ley, no alcanza la suma del equivoco; el algoritmo es un espejo. Las redes sociales nos devuelven una imagen narcisista constante, un “sube y baja masturbatorio” de likes y views que nos encierra en un goce autista. Scrollleamos buscando al otro, pero solo encontramos reflejos de nosotros mismos. Como bien señala Lacan

(2009), la imagen especular es necesaria, pero sin la función simbólica que la regule, nos deja atrapados en la impotencia.

Entendamos que “La gramática de la existencia incluye todas las figuras del lenguaje mismo” (Auster, 2012, p. 229). Si Dios es el lenguaje y el padre entra como testimonio de ese lenguaje, es en la rehabilitación del deseo, en unir la ley y el deseo, donde emerge la hiancia de la singularidad.

Lo que verdaderamente importa es la dimensión del otro, en tanto que es lo que nos permite enunciarlo, reconocerlo, soportarlo. La dialéctica de la otredad, la diferencia, ese reconocimiento jubiloso que nos une a la discordancia y que hoy se encuentra en crisis.

En una época que cree poder eliminar toda falta, incluyendo la muerte simbólica del Padre, el psicoanálisis vuelve a recordar que el límite es la matriz misma de lo humano. Las “nuevas subjetividades” no buscan más virtualidad, buscan un encuentro.

El sujeto queda a la deriva entre demandas de reconocimiento, huecos sociales y una ilusión de presencia que nunca se encarna. La dimensión del otro se diluye y con ella, la posibilidad de soportar la discordancia que nos constituye.

El límite no es represivo, es condición de posibilidad, que en la vida depende de cómo se juega el juego, y no es lo mismo perder que saber perder. En el lenguaje y la escritura, esto implica un enigma, tal como lo es Edipo. Lacan afirma que... “Nadie sabe que está inserto en el padre” (Lacan, 2013. Clase XXV. p. 457).

La eficacia del psicoanálisis radica en la elaboración del discurso, en poner palabras allí donde solo hay imagen o síntoma. Lacan afirmó en su seminario sobre El Objeto del Psicoanálisis que “El mito de Edipo no nos enseña nada sobre lo que es ser hombre o mujer. Está absolutamente expuesto en Freud”.¹ Con esto nos muestra el límite de lo humano.

1 Lacan, J. (1966). *El Seminario el objeto del Psicoanálisis: 1965-1966*. Clase del 15 de junio.

En esta era virtual, donde todo parece posible y la imagen impera, lo que falta es precisamente el límite. El contacto “cara a cara” se vuelve angustiante, sin filtro, sin algoritmo, sin edición emocional, porque implica la presencia real del Otro, sin pantallas que nos protejan.

Quizá, el verdadero “chiste” de este escrito sea paradójicamente reconocer que el Nombre del Padre, ese falo simbólico del que hoy se habla poco o mal seguirá siendo necesario. No porque el psicoanálisis sea indispensable para vivir, sino porque, la vida se vuelve más soportable mediante el análisis, en tanto que estructuramos y entendemos que hay un límite, una falta que ningún algoritmo podrá colmar. Las nuevas generaciones demandan un encuentro, pero se les ofrece una virtualidad. La clínica de hoy debe escuchar ese malestar contemporáneo: el dolor de un sujeto que, entre tanta conexión, nunca se ha sentido tan solo, por esa falta de encuentro que no depende más de un scroll infinito.

REFERENCIAS

- Auster, P. (2024). *La invención de la soledad*. Editorial planeta.
- Freud, S. (2012/1901). *Psicopatología de la vida cotidiana*. en *Obras completas*, vol. VI. 2.ª ed. Amorrortu.
- Freud, S. (2012/1905). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. En *Obras completas*, vol. VIII. 2.ª ed. Amorrortu.
- Leader, D. (2014). *El robo de la Mona Lisa. Lo que el arte nos impide ver*. Sexto Piso.
- Lacan, J. (1965-1966). El Seminario el objeto del Psicoanálisis: 1965-1966. Clase del 15 de junio (edición fuera de imprenta de Ricardo E. Rodríguez Ponte).
- Lacan, J. (2013). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis: 1955-1956*. 1.ª ed., Paidós.
- Lacan, J. (2019). *Escritos 1*. 3ª ed. rev. y corr. Siglo XXI.
- Lévi-Strauss, C. (1986). *Antropología Estructural mito sociedad humanidades*. Siglo XXI.